

**COLECCIÓN**  
**LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**





100% SOSTENIBLE  
100% RESPONSABLES  
100% COMPROMETIDOS

## ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO<sub>2</sub> por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m<sup>2</sup> de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a [info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com).

# MANIFIESTO CANNABIS

UN NUEVO PARADIGMA PARA EL BIENESTAR FÍSICO,  
PSICOLÓGICO Y ESPIRITUAL

STEVE DEANGELO

TRADUCCIÓN DE MARCOS NAVA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026  
TÍTULO ORIGINAL: *The Cannabis Manifesto*

© Steve DeAngelo, 2015  
This edition published by arrangement with  
The Foreign Office Agència Literària, S. L.  
and Aevitas CreativeManagement LLC  
© de la traducción, Marcos Nava García, 2026

© Errata naturae editores, 2026  
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25  
28012 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-37-5  
DEPÓSITO LEGAL: M-4514-2026  
CÓDIGO IBIC: DN  
MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel  
IMAGEN DE PORTADA: © De la reyerta  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

## ÍNDICE

<i>PRÓLOGO, POR WILLIE L. BROWN</i>	7
<i>UNA NOTA PRELIMINAR</i>	15
<i>PREFACIO</i>	11
<i>UN MANIFIESTO</i>	17
1. EL CANNABIS NO ES DAÑINO, PERO SU PROHIBICIÓN SÍ	23
2. EL CANNABIS NUNCA DEBIÓ SER ILEGAL	47
3. EL CANNABIS SIEMPRE HA SIDO UNA MEDICINA	79
4. EL CANNABIS PUEDE CONSUMIRSE POR SUS EFECTOS EN EL BIENESTAR, NO PARA COLOCARSE	107
5. EL PROGRESO CONSCIENTE DEL CANNABIS NO DEBILITA A LAS COMUNIDADES, LAS FORTALECE	137
6. EL CANNABIS DEBE ESTAR SUJETO A IMPUESTOS Y REGULARSE COMO UN PRODUCTO DE BIENESTAR	169
7. LA REFORMA LEGAL DEL CANNABIS ES UN MOVIMIENTO DE JUSTICIA SOCIAL	193
8. LA LEGALIZACIÓN NO PUEDE DETENERSE Y NO SE DETENDRÁ	229
<i>EPÍLOGO</i>	257
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	259
<i>NOTAS</i>	265



## PRÓLOGO

Cuando Steve DeAngelo me pidió que escribiera el prólogo para su *Manifiesto cannabis* me sentí feliz y halagado. Al fin y al cabo, Steve es ciertamente el padre de la industria legal del cannabis, así como el cofundador de tres de las empresas de cannabis más exitosas de California, nuestro Estado Dorado: son el célebre Centro de Salud Harborside, el Laboratorio Steep Hill (el primer laboratorio de análisis de cannabis de Estados Unidos) y el ArcView Group, una de las más amplias redes de ángeles inversionistas a nivel nacional. Me siento, por tanto, muy contento porque este manifiesto constituye un añorado e inaugural documento político hacia una nueva consideración general que abrirá el diálogo, la comunicación y el debate racional e informado sobre los mejores usos para el cannabis.

Steve DeAngelo es el precursor y el máximo exponente de un modelo de distribución cannábico socialmente responsable que enfoca sus esfuerzos en los pacientes y en las comunidades. En estas páginas se condensa su vasto conocimiento de la historia y la eficacia del cannabis medicinal en el contexto de una «teoría del bienestar». Esta teoría sostiene, en pocas palabras, que el

cannabis es (y ha sido desde la Antigüedad) una medicina, no un estupefaciente. Dicho de otra manera: cuando se consume de forma responsable, el propósito del cannabis es sentirse bien, no drogarse.

Uno de los principales logros de Steve ha sido impulsar la legitimación del cannabis medicinal. Se ha encargado de conducir investigaciones y desarrollar productos que facilitan a los pacientes la posibilidad de encontrar la variedad específica indicada para aliviar los malestares ocasionados por numerosas afecciones, enfermedades y padecimientos para los que el cannabis puede ayudar, si se usa de forma apropiada. Y hoy en día continúa realizando y ampliando esta labor.

Cuando en 1996 los ciudadanos de California aprobaron oficialmente mediante sus votos el uso del cannabis medicinal, una enorme cantidad de personas irrumpió en la industria pensando que ésta les generaría una buena cantidad de dinero fácil. Esto ocasionó abusos contra la ley, demandas, acusaciones penales, modificaciones de la normativa, sentencias y diversas acciones más que contradictorias del Gobierno federal. Por un lado, los federales clasificaron el cannabis dentro de la Lista I de sustancias controladas, indicando que tiene un potencial elevado de abuso y ningún uso médico reconocido. Por el otro, su variante sintética se encuentra disponible en forma de tabletas (bajo la designación farmacéutica de Marinol), y el Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos incluso posee una patente sobre una de sus aplicaciones terapéuticas (US6630507 «Los cannabinoides como antioxidantes y neuroprotectores»). No sorprende que en esta situación incomprensible el Gobierno tenga dudas a la hora de determinar qué políticas implementar o de qué forma.

Steve DeAngelo tuvo que navegar por aguas inexploradas en su búsqueda de una política sensata y racional en torno al consumo del cannabis medicinal. A lo largo del camino, ha logrado

mantenerse firme frente a la injusticia, valiente ante las adversidades e intrépido al buscar nuevas oportunidades. Fue capaz de combinar su incisiva mentalidad empresarial con un liderazgo basado en valores éticos y comunitarios. Tengo especial admiración por su probado compromiso con la justicia social y racial, particularmente porque está relacionada con las enormes diferencias en la tasa de arrestos y sanciones que afligen hoy en día, y cada vez más, a las comunidades racializadas.

Si estás preguntándote si el cannabis medicinal puede ayudarte a ti, o a algún familiar o amigo, si aún tienes dudas sobre lo que es, o si simplemente te interesa aprender sobre todo lo que conlleva, permite que este libro te sirva de guía. Te aseguro que obtendrás información fidedigna frente a la acostumbrada desinformación, y no volverás a caer presa de las falsedades que permean acerca de este tema los medios de comunicación e internet.

*Willie L. Brown,  
alcalde de San Francisco*



## PREFACIO

Puede que todo estuviera predestinado. La cuestión es que de alguna manera mi madre tuvo una gran previsión y un gran acierto al darme a luz a las 4:20 pm del 12 de junio de 1958. Décadas más tarde, 4:20 se convirtió en un código secreto para referirse al cannabis<sup>1</sup>. No puedo entender cómo se las apañó para llevar a cabo semejante hazaña horaria, pero le estaré eternamente agradecido por ello.

Desde la primera vez que probé esta planta supe que era benigna. También supe que jugaría un papel importante en mi vida. Fue casi como un *déjà vu*. Algunos jóvenes prodigios se sientan frente al piano, construyen ordenadores o resuelven ecuaciones matemáticas complejas. Yo me encontré con el cannabis.

Mi vida se ha desarrollado al mismo ritmo que la trayectoria de esta planta, desde sus inicios en los márgenes de la sociedad estadounidense en la década de los cincuenta, pasando por la escena contracultural en los años sesenta y los setenta, siguiendo el desarrollo del cáñamo industrial en los ochenta, su uso medicinal en los noventa, hasta la distribución regulada por el Estado en la primera década del siglo XXI.

Y a medida que aprendía más sobre el cannabis, mi entendimiento evolucionaba también. Antes de conocer bien esta planta, la consideraba una sustancia estupefaciente porque eso era lo único que me habían contado sobre ella. Pero tras consumirla por primera vez se me reveló un significado muchísimo más profundo: el cannabis podía abrir mi consciencia, ampliar mi experiencia espiritual de la realidad y mi capacidad de introspección personal. También descubrí que me ayudaba a dormir y que hacía que disfrutara más de la música, de la comida y del sexo.

Más tarde descubrí que esta planta que algunos llaman «marihuana» es una fuente ecológica de alimentos, fibra, combustible, tela, papel y miles de otros productos. A continuación, comencé a explorar sus propiedades paliativas y el inmenso poder que tiene a la hora de conseguir que las personas enfermas se sientan mejor. Al fin empecé a investigar en lo relativo a sus propiedades estrictamente preventivas y curativas: su capacidad para controlar las convulsiones, aliviar la depresión y la ansiedad, reducir los tumores cancerosos y prevenir el Alzheimer.

En fin, me enamoré de esta planta. Muy pronto no podía soportar que se desestimara su valor o que se persiguiera a las personas que están reconociendo y dando uso a dicho valor. Lo leerás varias veces a lo largo de este libro y con total rotundidad: el cannabis no es pernicioso ni debería estar prohibido o tolerado a regañadientes, pues es una fuente de bienestar que, de hecho, debe promoverse. Ésta es la razón por la que decidí escribir el libro que tienes en las manos.

Por supuesto, no soy la primera persona que se enamora del cannabis o que escribe sobre él desde una perspectiva encomiástica, pero sí creo que tengo un punto de vista un tanto particular que merece la pena poner sobre la mesa. Al fin y al cabo, a lo largo de mi vida he hecho casi todo lo que una persona puede hacer con esta planta.

La he cultivado, la he vendido e investigado sobre ella durante décadas. He elaborado extractos, concentrados, ropa y papel. He estudiado en profundidad su historia, su contexto cultural y sus propiedades físico-químicas. Y por supuesto he probado casi todas las variedades que puedas imaginar en cada uno de los cinco continentes. También he colaborado en la creación e implementación de cuatro empresas legales de cannabis que me han permitido ganarme la vida y, al mismo tiempo, promover los valores éticos y sociales en los que creo y que defiendo. Todos estos proyectos fueron pioneros a su manera.

El primero de ellos, Ecolution Inc., fue una de las primeras empresas que se benefició del auge del cáñamo industrial de la década de 1990, durante la cual produjo más de cien productos diferentes a partir del cáñamo cultivado en Europa del Este. Una década más tarde fundé el Harborside Health Center, que se hizo famoso por establecer el estándar de la distribución y comercialización responsable de cannabis y por ser el dispensario legal más grande del planeta. Cuando ningún laboratorio quería ayudarnos a realizar los análisis de nuestra medicina, me asocié para crear el laboratorio Steep Hill, la primera empresa de análisis de cannabis en Estados Unidos. Y cuando los bancos y los inversores institucionales le dieron la espalda a la industria del cannabis, cofundé The ArcView Group, el primer sistema de inversores privados enfocado exclusivamente a emprendimientos económicos relacionados con el cannabis.

En *Manifiesto cannabis* destilo estos cuarenta años de experiencia en ocho simples afirmaciones, que unifico en el manifiesto que vas a leer a continuación y que desarrollo en cada capítulo posterior, acompañándolas de un conjunto de anécdotas personales, datos históricos, hallazgos científicos y mucho sentido común.

Nada de lo que vas a leer son anécdotas ajenas o conjeturas. Son la verdad, mi verdad. Yo estuve ahí, lo presencié todo mientras sucedía.



## UNA NOTA PRELIMINAR

A lo largo de este libro aparecen una serie de términos coloquiales, jerga y códigos muy variados para nombrar a la planta del cannabis, siendo consciente de que pueden tener connotaciones desagradables u ofensivas para algunos lectores, incluyéndome a mí mismo. Desde un punto de vista personal, yo prefiero usar el término más preciso científicamente, «cannabis», porque elimina del debate las emociones y los estigmas. Pero también creo que vale la pena compartir y preservar cada nombre que aquí y allá, antes o después, se ha usado para referirse a esta planta, puesto que ilustra su colorida y antiquísima historia, el atractivo casi universal que posee y la incomparable imaginación que despliegan las comunidades formadas en torno a ella.

En algunos casos he cambiado los nombres de ciertas personas para proteger a las víctimas inocentes de la inexcusable guerra contra el cannabis. Por lo demás, a causa del ritmo cambiante y cada vez más acelerado que tiene el mundo del cannabis (y nuestro mundo en general), es probable que los hechos y las cifras que cito en esta obra no estén del todo actualizados o dejen de estarlo en poco tiempo.

También he asumido el riesgo de hacer algunas predicciones sobre el futuro del movimiento y de la industria cannábica. Indudablemente, algunos de estos pronósticos no serán muy acertados, pero pensé que valía la pena asumir ese riesgo, puesto que es imposible construir el futuro que queremos sin imaginarlo primero.

## UN MANIFIESTO

«Un manifiesto es una declaración verbal que contiene las intenciones, motivos o perspectivas de quien lo publica, ya sea un individuo, un grupo de individuos, un partido político o un gobierno. Por lo general, promueve una idea novedosa con nociones prescriptivas que conducen a cambios que el autor o autores consideran que debieran tener lugar. Suele ser de naturaleza política o artística, pero también puede presentarse como una postura ante la vida».

DICCIONARIO MERRIAM-WEBSTER

«La postura de una persona ante la vida indica su relación con aquello que considera de suma importancia. Conciérne a las suposiciones y teorías sobre las cuales dicha postura se sustenta, un sistema de creencias y el compromiso de materializarlas en la propia existencia».

DANIEL DENNET, *The Intentional Stance*



1

EL CANNABIS NO ES DAÑINO, PERO SU PROHIBICIÓN SÍ

La prohibición del cannabis ha causado el arresto de millones de personas, ha obstaculizado el tratamiento efectivo de muchas enfermedades graves en otras tantas, ha enriquecido a cárteles criminales y violentos, ha puesto a comunidades enteras en peligro, ha corroído los derechos humanos y ha dividido a incontables de familias. Queremos y exigimos leyes justas que nos protejan en vez de destruirnos.

2

EL CANNABIS NUNCA DEBIÓ SER ILEGAL

Las leyes que prohíben el cannabis se fundamentaron en el racismo y la ignorancia, y se mantienen vigentes a través de campañas de desinformación, propaganda e intimidación patrocinadas desde instancias gubernamentales y amplificadas por los principales medios de comunicación. Nosotros recurrimos a los hechos y a la ciencia para fortalecer nuestra causa, no a mitos y ni a falsedades.

3

EL CANNABIS SIEMPRE HA SIDO UNA MEDICINA

El cannabis previene, alivia o ayuda a curar algunas de las afecciones médicas más graves que continúan aquejando a la humanidad, como el cáncer, la epilepsia y el Alzheimer, por no hablar de trastornos tan comunes hoy en día como la ansiedad, la depresión o el insomnio. Los verdaderos criminales son aquellos que niegan este tratamiento a los pacientes que lo necesitan, no aquellos que se lo procuran desafiando leyes injustas.

4

EL CANNABIS PUEDE CONSUMIRSE POR SUS EFECTOS  
EN EL BIENESTAR, NO PARA COLOCARSE

Procurarse bienestar implica cultivar la creatividad, desarrollar la paciencia, promover el conocimiento de uno mismo, alimentar la espiritualidad, nutrir nuestra capacidad de asombro, reír, favorecer la amistad y el amor, potenciar la percepción de la música o la sensación que nos deja la caricia de nuestros seres queridos. El cannabis no hace que perdamos autocontrol, sino que enriquece todos estos aspectos, entre lo más preciados y preciosos de nuestras existencias.

5

EL PROGRESO CONSCIENTE DEL CANNABIS NO DEBILITA  
A LAS COMUNIDADES, LAS FORTALECE

Generar reformas beneficiosas para el cannabis de manera consciente reduce la incidencia de crímenes violentos, las sobredosis, los accidentes de tráfico, la violencia doméstica y el hacinamiento en las cárceles. Además, produce nuevos empleos, reúne a familias que habían quedado rotas y estimula un consumo responsable.

Queremos políticas que fortalezcan a nuestras comunidades, no que las debiliten.

6

EL CANNABIS DEBE ESTAR SUJETO A IMPUESTOS  
Y REGULARSE COMO UN PRODUCTO DE BIENESTAR

El cannabis no es un mal que simplemente deba ser tolerado, sino una fuente de beneficios físicos, psicológicos y espirituales que debe ser promovida. Queremos una industria cannábica que redistribuya la riqueza, proteja la naturaleza y promueva la diversidad.

7

LA REFORMA DEL ÁMBITO DEL CANNABIS  
ES UN MOVIMIENTO DE JUSTICIA SOCIAL

La legalización del cannabis sembrará igualdad racial, restablecerá nuevos y necesarios derechos constitucionales, protegerá la naturaleza, mejorará la salud pública y reducirá el número de víctimas, muchas de ellas mortales, de la llamada «guerra contra las drogas». Por lo tanto, nos solidarizamos con todas las personas que buscan construir un mundo más justo, pacífico y ecológico.

8

LA LEGALIZACIÓN NO PUEDE DETENERSE Y NO SE DETENDRÁ

Tenemos buena memoria, tenemos mucha energía y nuestras mentes no están nubladas por la ignorancia o la superstición. No descansaremos y no nos detendremos hasta que el último prisionero encarcelado a causa del cannabis ilegal consiga su libertad.



1  
EL CANNABIS NO ES DAÑINO,  
PERO SU PROHIBICIÓN SÍ

Mi teléfono comenzó a sonar en cuanto lo puse a cargar a primera hora de la mañana del 2 de abril de 2012. Un mensaje tras otro iluminaba la pantalla.

Mensaje de texto: «¡Unos agentes federales efectúan una redada en la Universidad de Oaksterdam!».

Mensaje de voz: «Steve, hay una redada en Oaksterdam, necesitamos que vengas de inmediato».

La Universidad de Oaksterdam era —y todavía es— la primera y única institución educativa con una licencia dedicada a la industria cannábica. No podía creer lo que estaba pasando. Por supuesto, allí no se vendía cannabis y el único cultivo existente era un huerto mínimo utilizado para las investigaciones de los estudiantes. Me vestí de inmediato, me lavé la cara y salí corriendo hacia el otro lado de la ciudad.

Cuando llegué ya había docenas de manifestantes haciendo todo lo posible para rodear a un número superior de agentes federales del Servicio de Impuestos Internos (IRS), la Administración de Control de Drogas (DEA) y el Servicio de Marshals de Estados Unidos. Desde lejos iba escuchando las consignas antes

de poder ver a los manifestantes: «¡DEA fuera!, ¡DEA Fuera!», «¡Nuestro Estado, nuestras leyes, nuestra medicina!». Al acercarme me topé con un largo desfile de agentes federales malhumorados que cargaban con cajas y más cajas de registros universitarios hasta un camión estacionado cerca de allí.

La multitud crecía a medida que se corría la voz en medio de las actividades rutinarias de una mañana de lunes, y la indignación se extendió cuando se supo que Rich Lee, fundador de Oaksterdam, un activista de toda la vida, así como varios miembros del personal universitario habían sido detenidos. El cabreo de los manifestantes iba acrecentándose a medida que los federales continuaban desmantelando la sede de una institución educativa de vanguardia para la comunidad cannábica. Las consignas sonaban cada vez más coléricas: «¿De quién son las leyes?», «¡NUESTRAS!», «¿De quién son las calles?», «¡NUESTRAS!».

De inmediato llegaron varias unidades de la policía municipal de Oakland para evitar que la situación se saliera de control. Poco tiempo después aparecieron algunos de los principales cargos públicos de la ciudad para mostrar su apoyo a Lee y a la Universidad de Oaksterdam. En primera fila estaba la concejala Rebecca Kaplan, una experimentada defensora de la reforma cannábica, quien se vio rápidamente rodeada por los periodistas.

«Si el Gobierno federal tiene agentes de sobra y no sabe qué hacer con ellos, les recuerdo que en las calles de Oakland hay demasiadas armas y apreciaríamos que nos ayudaran a deshacerse de ellas», dijo.

Kaplan acababa de pronunciar esas palabras cuando sentí que un amigo me tironeaba de la camisa: «Oye, Steve, ¿te has enterado de lo del tiroteo? Al parecer siete personas han fallecido en un centro educativo cerca del aeropuerto».

Increíble. Lo que ya había empezado como un mal día se acababa de convertir en una verdadera tragedia. La realidad parecía querer hablar por sí misma: al mismo tiempo que decenas

de agentes federales y policías municipales desperdiciaban su tiempo y el dinero de los contribuyentes cerrando un campus universitario completamente pacífico, en ese preciso instante, al otro lado de la ciudad y en otra institución educativa, la Universidad de Oikos, siete personas inocentes perdían la vida bajo el fuego de la violencia.

Los correos electrónicos del Departamento de Policía de Oakland, que se hicieron públicos posteriormente, demostraron que la redada demoró a las unidades que deberían haber respondido al tiroteo, permitiendo que el asesino escapara<sup>1</sup>. Nunca sabremos si la tragedia de Oikos podría haberse evitado si hubiera habido una respuesta policial mayor y más rápida, o si las armas de fuego no fueran tan fáciles de conseguir en Oakland. En cualquier caso, la agresión de los federales a Oaksterdam es apenas un ejemplo que nos permite entender que las prioridades no son las que deberían, y cómo esta terrible situación se refleja sobre el telón de fondo de la prohibición del cannabis.

Hoy en día, numerosas ciudades de todo Estados Unidos ruegan ayuda para combatir la violencia derivada de las armas de fuego, mientras que en institutos y centros comerciales se producen de forma reiterada tiroteos masivos. Nuestro sistema de salud mental está literalmente en ruinas y nuestras cárceles a punto de reventar. La violencia de las bandas callejeras que asesinan a muchos a chavales cada día<sup>2</sup> no conoce límites, y un estudio de la Oficina de Justicia reveló hace poco que en 2011 casi medio millón de ciudadanos estadounidenses fueron víctimas de delitos con armas de fuego<sup>3</sup>.

Mientras tanto, nuestras agencias policiales usan sus limitados recursos para arrestar a 750.000 personas cada año por cargos relacionados con el cannabis. Esto equivale a una persona cada cuarenta y dos segundos, superando en gran medida el número de arrestos por delitos violentos o aquellos relacionados con las auténticas drogas<sup>4</sup>. Y, a pesar de desembolsar decenas de

miles de millones de dólares en organismos de seguridad, el consumo de cannabis en Estados Unidos ha aumentado exponencialmente desde que se volvió ilegal por primera vez<sup>5</sup>.

Es evidente que la prohibición ocasiona más daños que beneficios, aumenta la tasa de criminalidad y los ingresos generados mediante actividades delictivas, pero hace poco o nada para reducir el consumo imprudente, al tiempo que provoca arrestos y encarcelamientos masivos, principalmente enfocados en las poblaciones minoritarias y racializadas. Ha trastornado nuestras instituciones más importantes, desde la familia y los espacios de trabajo hasta el propio sistema de salud, de recaudación pública y de la protección al consumidor, por no hablar de cómo ha erosionado los principios democráticos sobre los que se fundó nuestra nación.

Y lo sé porque por desgracia lo he experimentado en primera persona. La política de desinformación sobre el cannabis desempeñó un papel clave en el debilitamiento de los lazos que me unían a mi propia familia y a mi comunidad, cambiando por completo la trayectoria de mi vida. Esto socavó de forma abismal, casi irrecuperable, la confianza que existía entre mis padres y yo, y pasaron décadas para que pudiéramos empezar a sanar ese infortunio, lo cual me obligó a abandonar el instituto y a marcharme de casa mucho antes de que ninguno de nosotros estuviera preparado en ningún sentido.

La primera vez que probé el cannabis fue en casa de un amigo, a los trece años. En el trayecto de vuelta a mi propia casa, decidí cruzar un parque por el que solía caminar todos los días. Hasta ese momento era sólo un lugar, o ni siquiera, más un «medio» para llegar de un sitio a otro.

Ese día fue diferente. Comencé a percibir cosas que antes nunca habían estado disponibles para mi conciencia o mis sentidos: la manera en que la luz del sol se filtraba entre las hojas y formaba patrones cambiantes con las sombras, el susurro del viento

entonando todo tipo de sonidos, el gorgoteo lejano de un cauce de agua semi escondido, el delicado crujido de las hojas bajo mis pies, incluso su aroma al romperse...

Entendí de una forma nueva, difícil de trasladar sin más al lenguaje, que el mismo viento que soplabá por entre las ramas de los árboles rozaba mi piel dando lugar a un efecto de comunicación, y que el sudor que en ese momento perlaba mi frente estaba compuesto por agua, y que esa agua, en algún momento, habría pasado por ríos o arroyos como el de aquel parque. Mi sombra se fundía con las de las hojas de los árboles, y el olor de mi piel con el de su follaje. Un entendimiento intuitivo y profundo, que comprende toda la creación como una red interconectada de vida, se apoderó de mí.

Hoy en día le agradezco al cannabis haber catalizado mi primera experiencia espiritual genuina. Si pudiera hacer que el tiempo volviera atrás, en un mundo ideal, en ese momento correría a casa para compartirlo con mis padres. Pero entonces no tuve el coraje de decírselo; al fin y al cabo, en aquellos años habría sido mucho más probable que me castigaran a que mostraran interés, simpatía y comprensión. De hecho, la primera vez que mi padre supo de esta historia fue cuando leyó el manuscrito inédito de este libro.

Por lo demás, y como es bien sabido, la prohibición no ha servido en absoluto para reducir la popularidad del cannabis. Cuando la Junta de Farmacias del Estado de California prohibió la marihuana en 1913, menos del 1 % de la población de Estados Unidos sabía siquiera lo que era<sup>6</sup>. Desde entonces el consumo ha aumentado de manera constante, a pesar de que su prohibición se extendiera a nivel federal en 1937. Pero recuerdo que cuando tuve mi primer encuentro con el cannabis, a principios de la década de los setenta, si bien se podía encontrar fácilmente en la escena contracultural, aún era poco conocido dentro de la cultura popular dominante. Hoy, sin embargo, es omnipresente.

En aquella época solía comprar una hierba de una calidad extraordinaria: la Santa Marta Gold y la Red Point, que tenían un brillante color dorado y un rojo intenso respectivamente, así como un nítido aroma a pino. Por lo general, las cultivaban las tribus indígenas de la península de la Guajira, un tramo de la costa colombiana que sobresale como un dedo que apunta hacia el norte, y estaba disponible en Washington a medio dólar el gramo. Junto al hachís nepalés y libanés, fue la mezcla que rigió mi adolescencia.

Hoy en día, más de la mitad de las personas que nacieron en Estados Unidos en la década de 1960 han probado el cannabis al menos una vez<sup>7</sup>. Y se estima que al menos el 7 % de la población del país lo consume a diario o casi a diario<sup>8</sup>, al tiempo que un porcentaje mucho mayor lo hace con cierta frecuencia. Por supuesto, la información y las actitudes en torno a la planta también han evolucionado: actualmente, casi todas las personas de más de doce años saben qué es la marihuana, y la mayoría está a favor de su legalización<sup>9</sup>.

Sin embargo, el aumento en el consumo de cannabis y este cambio de actitud general entre la población no ha generado modificaciones en las políticas de seguridad pública: la estrategia principal para mantener la prohibición es y ha sido siempre la disuasión. Esta postura se basa en la idea de que habrá menos personas que se dediquen a distribuir cannabis si se les castiga de forma más severa. En ese caso, el resto de los vendedores se vería forzado a elevar sus precios, lo que a su vez ocasionaría que el consumo bajara. En el mundo perfecto a la fuerza y libre de drogas que los prohibicionistas imaginan, ese que no ha existido nunca en ningún lugar del planeta, los precios del cannabis acabarían subiendo hasta tal punto que éste dejaría sin más de consumirse. En fin.

Por supuesto, todo este planteamiento es un error colosal. Pensemos que, antes de que fuera ilegal, se vendían treinta gramos de hierba por menos de cinco dólares. Los primeros treinta

gramos que yo compré, en 1971, me costaron, aún lo recuerdo, quince dólares. Después de que el presidente Reagan declarara la «guerra contra las drogas», el precio superó los cien dólares por primera vez. Hoy en día, después de una guerra que lleva activa más de treinta años y con más estadounidenses consumiendo cannabis que nunca, en Nueva York esos mismos treinta gramos de hierba de la mejor calidad cuestan cerca de quinientos dólares.

Esto equivale a unos 22.500 millones de dólares al año, por lo menos<sup>10</sup>. Sin embargo, los pequeños cultivadores estadounidenses y los distribuidores locales reciben apenas una mínima fracción de ese dinero, pues la mayor parte se queda en manos de los cárteles internacionales y las bandas callejeras que les sirven como aliadas. De cualquier forma, la prohibición se encauza principalmente contra los consumidores. Casi nueve de cada diez detenciones relacionadas con el cannabis son por «posesión simple» (es decir, sin intención de distribuirlo), por lo que los ciudadanos normales y corrientes son quienes pagan la factura, mientras los traficantes profesionales aumentan sus ganancias. Entre tanto, más estadounidenses que nunca consumen cannabis.

En última instancia, la realidad es que la disuasión no funciona porque no tiene en cuenta la ley de la oferta y la demanda. Cuando los precios suben, los proveedores ya establecidos aumentan su volumen de ingresos, al tiempo que el mercado atrae a otros nuevos. Mientras los precios continúen subiendo, la oferta también lo hará.

Para la mayoría de la gente es cuestión de sentido común. Si se pueden obtener cantidades cada vez mayores de dinero vendiendo algo que se puede cultivar en el patio trasero de cualquier casa, cada vez más personas lo harán. Pero, al parecer, el Gobierno federal aún no ha llegado a esta conclusión.

Mientras tanto, los problemas reales continúan siendo ignorados: la tan cacareada «guerra contra las drogas» ha sido principalmente una contienda contra los consumidores de cannabis.

Apenas el 18 % del aumento masivo de los arrestos relacionados con lo que las autoridades llaman de forma genérica «drogas» desde 1990 está relacionado con drogas duras como la heroína o la metanfetamina (así como con una pequeña fracción de las drogas manufacturadas por las farmacéuticas, responsables de decenas de miles de muertes cada año, como el OxyContin). Sin embargo, casi cuatro de cada cinco arrestos en la «guerra contra las drogas» se relacionan con el cannabis: una planta que nunca ha matado a nadie.

Los defensores de la prohibición afirman que sólo los grandes narcotraficantes son castigados con severidad, pero todo aquel que sea acechado, detenido, probablemente golpeado, esposado, fotografiado y fichado con antecedentes, aunque sea una sola condena por «posesión simple» de marihuana, tiene ya un castigo de por vida. Y, en muchos casos, no menor. Algunos de los beneficios y privilegios sociales que se pueden perder a raíz de cualquier tipo de condena vinculada con el cannabis abarcan aquellos relacionados con la vivienda, los préstamos estudiantiles, las licencias profesionales, el acceso al empleo, el seguro médico, las acreditaciones de seguridad, la custodia de menores, la asistencia social, los cupones de alimentos, todo tipo de subvenciones y contratos federales, la pensión por discapacidad, las becas e incluso los trasplantes de órganos. Tal como lo lees. Por supuesto, estas inhabilitaciones tienen un impacto desproporcionado entre las clases sociales trabajadoras y las comunidades con bajos recursos, que son las que más necesitan estos apoyos. Además, a todo ello se suman las condenas de cárcel, las multas, los trabajos comunitarios forzosos o la libertad condicional.

Las sanciones penales y la creación de un mercado negro son tan sólo las repercusiones negativas más evidentes de la prohibición. No se debe pasar por alto que prohibir una planta tan ampliamente disponible y utilizada por la población afecta a nuestras

instituciones más importantes, incluso antes de que el Estado se involucre. Casi nadie sale ileso, desde niños y adultos hasta personas mayores que viven en residencias.

La primera vez que vi a alguien fumar cannabis fue en una de las muchas manifestaciones contra la guerra de Vietnam a las que asistí, donde un canuto pasaba de mano en mano entre los manifestantes. El cannabis se entretejía entonces con todo un conjunto de expresiones contraculturales que me atraían a cuál más: el rock, el pelo largo, los *jeans* acampanados y las chamarras militares. Cuando un amigo me preguntó si quería acompañarlo a fumar *té* mexicano, acepté su invitación sin pensarlo.

Además de algunas revistas de *Playboy*, el cannabis fue lo único que le oculté a mi familia, así que nuestra confianza fue lo primero en verse afectado cuando se enteraron. Tras haber sido despojado de mis provisiones y con el orgullo herido, me sentí obligado a huir de casa durante unas cuantas semanas, lo cual hizo considerablemente más grande la brecha que se había abierto entre nosotros. Además, nuestra relación empeoró después de que me echaran del instituto a causa del cannabis.

Fumar en casa, hasta vivir allí, se volvió cada vez más incómodo. Así que comencé a fumar en el parque, lo que me llevó a varios encuentros desagradables con la policía y, por último, a un arresto.

Al poco tiempo, y siendo aún muy joven, me fui de casa para siempre.

En la misma época en la que me expulsaron del instituto y la policía me perseguía a causa de una planta que yo tenía la certeza de que era benigna, el escándalo Watergate llegó a su apogeo. La larguísima e inútil guerra en Vietnam había terminado, pero todas las figuras de autoridad del país, el presidente y su gabinete, el FBI y, por supuesto, el Pentágono, estaban completamente desacreditadas. Habían fabricado demasiadas mentiras.

Como aquellas personas que nos llevaron a Vietnam eran las mismas que se escandalizaban por que consumiéramos cannabis, me parecía de cajón cuestionar con firmeza su autoridad moral. Después de entender cómo y por qué se había vuelto ilegal aquella planta, mi indignación se intensificó. Decidí que no quería formar parte de aquella «cultura de la muerte» que había dado pie al Ku Klux Klan, los bombardeos sobre población civil indefensa y la satanización de una planta tan benéfica para la humanidad.

De modo que, en lugar de terminar mi preparación para la universidad, abandoné definitivamente los estudios a los dieciséis años y me uní a los *yippies*, uno de los grupos radicales más atractivos del momento: una suerte de *hippies* con una clara tendencia al activismo político callejero, con mucho humor y mala hostia, pero con un marcado carácter anarcoide, antiautoritario y antimilitarista. La bandera del movimiento tenía una estrella roja de cinco puntas bajo una hoja de marihuana. Así que mientras la mayoría de mis antiguos compañeros estaba en la universidad o iniciaba su carrera profesional, yo organizaba manifestaciones, planeaba pequeñas acciones de sabotaje y publicaba periódicos clandestinos.

Desde aquellos tiempos, creo que es evidente para todos que la corrupción de nuestras instituciones y de nuestro carácter nacional derivada de la prohibición se ha hecho más grande.

En todo Estados Unidos, padres y madres ocultan su consumo de cannabis a sus hijos, mientras que éstos se lo ocultan, a su vez, a sus padres. De la misma manera, los profesores se lo ocultan a sus estudiantes, y los estudiantes a sus profesores. Por supuesto, los profesionales de casi todos los sectores ocultan su consumo a los clientes a los que ofrecen sus servicios, y éstos lo ocultan ante los profesionales que se los proveen. Con más razón, los empleados lo ocultan ante sus jefes, y ellos ante sus empleados. Finalmente, todos se esconden de la policía.

De este modo, los jóvenes aprenden que está bien quebrantar la ley, mentir y esconderse (siempre y cuando no te pillen, claro). Aprenden a desconfiar de las instituciones (y de la policía), así como de sus profesores y progenitores. Las mentiras y el silencio los privan de buenos modelos a seguir, y desarrollan un imaginario del consumo de cannabis a partir de películas hollywoodenses sobre fumetas.

Algunos jóvenes terminan tan hastiados de la hipocresía y la deshonestidad rampantes que cuestionan todo el sistema (a veces sin tener aún demasiado criterio) y terminan abandonando sus estudios como hice yo. El resultado de todo aquello, por suerte, fue bastante favorable para mí, pero otros muchos no logran salir indemnes del mismo tránsito que yo hice por los márgenes de la sociedad estadounidense, y terminan encarcelados, con adicciones severas o muertos.

Y no olvidemos que estas almas perdidas son a menudo las más sensibles y creativas, de modo que por este camino todos perdemos como sociedad las maravillosas contribuciones que podrían habernos dado. Pero no hace falta que los jóvenes sientan su creatividad o sus idealistas esperanzas amenazadas para que terminen padeciendo las consecuencias de la prohibición, a veces el color de su piel ya es suficiente.

Desde muy joven aprendí de qué trataba el racismo. Mi padre y mi madre eran muy activos dentro del movimiento de los derechos civiles y se mudaron a Washington en 1961. Llegaron allí por su vocación de servicio, para hacerse mejores y útiles, atraídos por el ilusionante reinado de los Kennedy. Cuando yo tenía cinco años, mi madre y mi padre me llevaron a la marcha de Martin Luther King Jr. en Washington. Más tarde, vigilamos juntos la casa de una familia afrodescendiente en cuyo patio habían quemado una cruz poco tiempo después de mudarse a nuestro vecindario. Cuando los grupos activistas de los Freedom Riders pasaron por la ciudad, en su camino hacia Mississippi,